

# LIBRO MUY PROUECHOSO PARA SABER LA MANERA DE LEER, ESCREVIR Y HABLAR ANGLEIS, Y ESPAÑOL

*De los primeros libros de diálogos y conversación  
para aprender lenguas vulgares.*

AQUILINO SÁNCHEZ  
Universidad de Murcia

En la tradición académica y escolar se da una marcada tendencia a equiparar e incluso identificar el estudio de la lengua con el estudio de la gramática. De ahí que la historia de la enseñanza de lenguas, por ejemplo, sufra de esas mismas restricciones y pudiéramos también caer en la tentación de cifrar su trayectoria histórica en un recuento y estudio de las gramáticas correspondientes.

Podríamos partir de un hecho incontestable: los seres humanos han aprendido lenguas diferentes (“extranjeras”), de otras comunidades, mucho antes de que se escribiesen gramáticas. En el contexto del descubrimiento y colonización española en Hispanoamérica topamos con otra realidad semejante: los pueblos colonizados aprenden y acaban asimilando el español *a pesar de que los conquistadores no se preocupan de escribir gramáticas de español para los indios*, ni éstos —presumiblemente— de basarse en la obra de Nebrija para aprender a comunicarse con los recién llegados del otro lado del Atlántico.

Los testimonios que poseemos de la antigüedad clásica vienen a configurar el mismo hecho: el latín y el griego no se aprenden haciendo uso de la gramática sino más bien mediante la práctica y la conversación oral.

Massebieau <sup>1</sup> concluye que los primeros libros de diálogos que se conocen en el siglo XIII fueron elaborados e impresos siguiendo las pautas de aquellos que los griegos hacían para aprender latín. La estructura de tales obras llegó a ser estándar y se cifraba en tres partes:

1ª: Un catálogo de palabras ordenadas por temas.

---

<sup>1</sup> MASSEBIEAU, L., *Les colloques scolaires du seizième siècle et leurs auteurs (1480-1570)*, París, 1878, p. 50.

2ª: Un glosario de términos, por orden alfabético.

3ª: Un conjunto de diálogos cortos.

El *Onomasticon*, de Pollux, constituye un ejemplo de lo que son los listados de palabras dispuestas por áreas temáticas. El librito *De quotidiana locutione*, de Hermonimio de Esparta, nos ofrece un buen modelo de lo que eran los diálogos cortos y familiares: en él se nos ofrece un conjunto de textos que tratan de las ocupaciones diarias de un romano, de la jornada de un niño (levantarse, lavarse...), etc.

Pues bien, este tipo de libros aparecen también en relación con el aprendizaje de las lenguas vulgares. Uno de los primeros manuales de esta índole data de 1150 y fue escrito por Adam du Pont <sup>2</sup>. Un siglo más tarde escriben libritos similares Alejandro Neckam y Juan Garlande. Al parecer ambos autores fueron bien conocidos. Del propósito y finalidad de tales publicaciones da fe el publicado en 1415, *Femina*:

Lyber iste vocatur *femina* quia sicut femina docet infantem loqui maternam sic docet iste liber iuvenes rethoricae loqui Gallicum prout infra patebit <sup>3</sup>.

Pero de años anteriores son los tratados denominados genéricamente *Manières*, en francés, conocidos desde finales del siglo XIII. Se conservan algunos de estos libritos, todavía en formato de manuscrito: son auténticos manuales escolares presentados y utilizados como modelos de conversación en una lengua concreta. Entre los más famosos destaca el de Walter de Bibbesworth, *Traité sur la langue Françoise*, escrito, al parecer, a finales del siglo XIII.

Estos manuales de conversación son muy diferentes de lo que hoy solemos entender por manuales fundamentados en la gramática o distan mucho de la enseñanza que toma la gramática como punto de partida. El contenido está constituido por diálogos de carácter coloquial, reflejo del lenguaje utilizado en la comunicación diaria; o presentan un lenguaje propio de algunas profesiones más extendidas o de ciertas ocupaciones propias y comunes de la vida diaria, cuales son las de “comprar y vender en un mercado, buscar posada, preguntar por el camino para viajar de un lugar a otro, etc.”.

Según Masseur, los primeros manuales para aprender latín de acuerdo con esta metodología, aparecen en Alemania y Suiza. Y cita al respecto el impreso en Ulm, en 1480 <sup>4</sup>. Sin embargo, los testimonios anteriores demuestran que la tradición de los libros de diálogos no solamente es muy anterior, sino que probablemente no se ha perdido desde los primeros manuscritos de la antigüedad clásica; y, además, esta tradición incorporó muy pronto la enseñanza y aprendizaje de las lenguas vulgares, incluso en el sistema escolar.

Sabemos, por ejemplo, que en 1340 se utilizaba un manual de estas características para la enseñanza del francés en Bélgica. El librito había sido confeccionado por un profesor para sus alumnos, en la villa de Brujas <sup>5</sup>. *Hora Belgicae* (publicado por Hoffmann von Fallensleben),

---

<sup>2</sup> OWEN, A. *Traité sur la langue françoise de Walter de Bibbesworth...* París, 1929, (Scheler Ed., *Lex. Lat. du XIIe siècles*).

<sup>3</sup> En OWEN, A. (1929).

<sup>4</sup> MASSEUR, (1878), p. 57.

<sup>5</sup> *Le livre de métiers. Dialogues français-flamands composés au XIVème siècle par un maître d'école de la ville de Bruges*. Este librito ha sido reeditado en París, 1875, por H. MICHELANT. Ver también la información aportada por MARECHAL, R., *Histoire de l'enseignement et la méthodologie des langues vivantes en Belgique*, 1972, pp. 25 y ss.

similar en estructura y finalidad, data de pocos años después, de alrededor de 1370. Se propone precisamente enseñar la lengua oral. Ambos constan de diálogos y conversaciones entre personajes relacionados con la vida diaria y se proponen la enseñanza de la lengua francesa.

Metodológicamente suponen una modalidad muy diferente de lo que suele entenderse por “enseñanza gramatical”. Bien podría decirse que los manuales de conversación se asientan en la más antigua tradición para aprender otras lenguas: la adquisición de cualquier otro sistema lingüístico mediante la práctica y el uso.

Pero, además, los materiales utilizados suponen características diferenciadoras de gran importancia y transcendencia: no se ofrecen al alumno o al estudiante en general materiales ordenados según la pertinencia de determinadas reglas gramaticales o siguiendo la secuenciación impuesta por los manuales de gramática (primero el artículo, luego el nombre, más tarde el adjetivo, etc.), sino que la fuente de selección reside en el uso lingüístico diario y la prioridad de tal recopilación se cifra en las necesidades derivadas de dicho uso. Así se entiende que los diálogos no sean literarios, ni traten del nombre o del verbo, sino que sean representativos de lo que se dice “para comprar en el mercado, para viajar...”. Son manuales que utilizan, conscientemente o no, criterios “funcionales y comunicativos” a la hora de decidir sobre qué tipo de contenido debe ofrecerse al alumno.

El ya citado Massebieau, primero de los estudiosos de este tema, concluye que los libros de diálogos para aprender lenguas vulgares derivan de los existentes para la enseñanza del latín y del griego. La afirmación puede aceptarse como parcialmente válida si nos referimos a los libritos de esta índole existentes en la antigüedad clásica. Pero no concordaría plenamente con la realidad si tenemos en cuenta que los manuales de conversación para aprender francés, por ejemplo, aparecen casi en los mismos inicios de esta lengua, mientras que la popularidad de este tipo de manuales para aprender latín surge en el siglo XV y su uso de populariza, especialmente en las escuelas, ya en pleno siglo XVI. Parece ser que el mismo Luis Vives utilizó un libro de diálogos (*colloquia*) para aprender griego. El hecho explica en buena medida que más tarde este autor publicase sus propios diálogos para aprender la lengua latina: *Exercitatio linguae latinae* (1538), al igual que lo había hecho el mismísimo Erasmo (*Colloquia puerilia*, 1518) y como lo haría posteriormente Mathurin de Cordier, en 1564. Naturalmente, se observan diferencias entre los diálogos para aprender latín escritos por Vives o Erasmo y los preparados para aprender lenguas vulgares. Aquellos fueron elaborados por personas “ilustradas”, buenas conocedoras del latín clásico y literario, con una sólida formación en muchos campos y unos principios metodológicos que tienen mucho que ver con el sistema de valores relativos al uso de una lengua “correcta o incorrectamente”, por ejemplo. Aparte de que el latín, aunque lengua universal, se utilizaba en ámbitos restringidos y no era, desde luego, habitual en el desarrollo de la comunicación diaria.

Al contrario de lo afirmado por Massebieau, quizás sería más apropiado adelantar que los libros de diálogos para aprender latín se publican precisamente debido a la consolidada existencia y presencia de esos mismos manuales para el aprendizaje de las lenguas vulgares.

Es cierto que en ocasiones determinadas ideas, principios u orientaciones metodológicas provocan u originan la aparición de publicaciones que tratan de reflejar, con fines de aplicación a la práctica, los extremos implicados por tales sistemas teóricos. Otras veces, sin embargo, es la misma realidad la que suscita reflexiones teóricas que acaban tomando forma dentro de un sistema metodológico coherente.

En el caso que nos ocupa es difícil diagnosticar cuál de tales procesos ha sido el primero.

Lo que sí podemos afirmar es que las reflexiones teóricas y coherentes sobre temas metodológicos en relación con la enseñanza de lenguas se incrementan y consolidan precisamente en el Renacimiento, siendo Erasmo y Vives dos de los más ilustres representantes de una manera de enseñar fundamentada en el uso y en la práctica. La referencia última siempre es la misma: la observación, evidente y al alcance de cualquiera, de cómo adquirimos nuestra primera lengua desde niños. Lo explicita así el autor del manual antes citado, *Femina*; e incluso personajes que poco tienen que ver con la enseñanza de idiomas lo formulan con claridad, como hace Lutero al hablar de la educación:

Todos aprendemos el alemán u otras lenguas mejor conversando en casa, en el mercado o en la iglesia que en libros. La palabra escrita está muerta, la palabra hablada está viva... Decidme, ¿quién conoce que alguien haya aprendido a hablar adecuadamente una lengua estudiando la gramática? ¿No es verdad que incluso las lenguas más claramente descritas en una gramática, como son el latín y el griego, se aprenden mejor mediante la práctica y el uso que por medio de reglas?...<sup>6</sup>

La existencia de los libros de diálogos está más que justificada por las necesidades comunicativas de la vida real, aunque con frecuencia entre en colisión con ciertos supuestos del ámbito escolar: no basta con saber la gramática de una lengua para ser capaz de transmitir un mensaje valiéndonos de ella, a pesar de que en la escuela esto fuera suficiente para demostrar que se sabían las reglas de comportamiento lingüístico de un idioma concreto.

Existen, pues, suficientes testimonios que nos permiten afirmar que los libros de diálogos constituyen una tradición no interrumpida como instrumentos útiles para aprender idiomas. Pero es a raíz de la invención de la imprenta cuando esta modalidad de enseñanza y aprendizaje se difunde con amplitud y se consolida con fuerza.

Es habitual entre los estudiosos del tema el comenzar la historia de los libros de diálogos citando el *Vocabulaire* de Berlainmont, publicado en 1536, si bien se cree que un profesor de Antwerp había publicado ese mismo manual unos años antes, probablemente hacia 1530. Esta información la ofrece sobre todo C. Bourland en un bien documentado artículo de los años treinta<sup>7</sup>.

El título de esta obra impresa por Berlainmont reza así:

*Vocabulaire pour apprendre legierement a bien lire, escripre, parler françois et flameng, lequel est mis tout les plus part par personnaiges.*

De ella derivan las múltiples ediciones que luego siguen, ampliadas sucesivamente a un número mayor de lenguas.

Pero tal obra no inicia la tradición de libros de diálogos impresos, aunque sí que parece cierto que las lenguas que desde un principio se incluyen en tales libros son el francés, el

---

<sup>6</sup> PAINTER, V.N., *Luther on Education*, St. Louis, Mo., 158 ss. Citado en HESSE, *Approaches to the teaching of foreign languages*, North-Holland, NY, 1975, p. 30.

<sup>7</sup> "The Spanish schoolmaster and the polyglot derivatives of Noel Berlainmont's Vocabulary", en REVUE HISPANIQUE, 1933, 283-318.

flamenco y el español. La fecha en que se inicia la impresión de libros de diálogos es anterior a los años 30. Nijhoff-Kronenberg citan dos <sup>8</sup>:

*Vocabulario para aprender Franches, Espannol y Flaminco*, Antwerpen, Willen Westermann, 14 Nov. 1520, con el correspondiente título en francés: *Tres bonne doctrine pour apprendre franchoys/flameng/et espagnol...*

y otra, que Nijhoff contiene en la segunda parte de su obra (edición de 1940):

*Vocabulaire pour apprendre Romain et Flameng*, Antwerpen,

que carece de fecha concreta y Nijhoff sitúa en torno al 1500. La estructura descrita del libro es similar a la de 1520 y a las ediciones bien conocidas de los años treinta.

Además, también se menciona otra que data del 14 de mayo de 1530:

*Vocabulaire en troys lanques, Françoys, Flameng et Espagnol*, publicada en Antwerpen por el mismo impresor (Willen Westerman).

Los datos que preceden no hacen sino confirmar la existencia de una bien asentada tradición respecto a estos libros; no hay “un creador” del género, surgido en torno al año 1530 —como podría desprenderse de los estudios de Bourland—, sino que se da una “prolongada” existencia “hacia atrás” de tales manuales, con toda seguridad no desconectada de los manuscritos ya utilizados antes de la popularización de la imprenta.

Se ha dicho que los *Vocabulare*, llamados luego —con más propiedad— *Colloquia*, son una fuente excelente para conocer la vida cotidiana y familiar del siglo XVI. Efectivamente, a través de los diálogos se ve reflejada la vida real de las gentes de aquella época. Sin lugar a duda, los primeros de ellos reflejan sobre todo la vida en Amberes, lugar donde se escribió el que dio origen a los que posteriormente se editaron una y otra vez. Y lo hacen de igual manera que la vida de los romanos podía ser reconstruida a través del *De Quotidiana Locutione*, de Hermonimio de Esparta.

La frescura y naturalidad de estos libritos se enmarcó pronto en una estructura que se estandarizó edición tras edición. Así observamos que el contenido se atenía a los siguientes apartados:

— Un variable número de diálogos familiares o coloquiales (de tres a siete, por regla general).

— Un glosario de términos útiles, en su mayor parte ya contenidos en los diálogos anteriores. Suelen estar ordenados por orden alfabético o temático. De esta manera resultan instrumentos útiles de consulta para quienes utilizan el libro como medio de aprendizaje: es fácil y rápido encontrar en cada momento las palabras deseadas.

— Un conjunto de cartas, variable en número, documentos comerciales y similares; el hecho refleja con fidelidad la importancia de este tema en el entorno donde surgieron los

---

<sup>8</sup> NIJHOFF-KRONENBERG, *Nederlandische Bibliographie von 1500-1540*, S'Gravenhagen 1958 (printed Martinus Nijhoff). La obra citada fue también, probablemente, reimpresa.

libros de diálogos a raíz de la invención de la imprenta: los Países Bajos; concretamente, el emporio comercial de Amberes. En este contexto el comercio hacía extremadamente necesario el conocimiento de determinados registros lingüísticos, frases especiales, cartas, documentos de compra y venta...

— Finalmente, solían acompañar algunos otros textos relacionados con la religión (oraciones más frecuentes del cristianismo) e incluso en ocasiones un breve tratado de pronunciación de las lenguas implicadas en la publicación.

Hay que destacar, además, que el contenido lingüístico no aspira a ser ni es de carácter literario: es un contenido de *carácter funcional* que pretende servir a las necesidades comunicativas de los usuarios. Los títulos de cada uno de los capítulos de los *Coloquios familiares*, de Gabriel Meurier (1568) dan una idea de la “funcionalidad” que se pretende:

- Capítulo 1: Muy necesario a los que andan camino o hazen viaje.
- Capítulo 2: Pláticas no menos provechosas a los mesoneros, huéspedes, venteros y bodegoneros, como también a los caminantes.
- Capítulo 3: Para tratar con gente de bolsa, o de qualquiera otra plaça de negociation.
- Capítulo 4: Pláticas ordinarias que deben saber los corredores de cambios y otros censales.
- Capítulo 5: Razonamientos de banqueros con correos y mensageros.
- Capítulo 6: Pláticas del Peso, muy convenientes a los alcanaleros, almazarifes, o trabajadores.
- Capítulo 7: Muy necesario a los caxeros Espanoles, Flamencos, Franceses o otros qualquiera.
- Capítulo 8: Para recibidores o recaudadores de rentas.
- Capítulo 9: Pláticas muy necessarias a los mercaderes de tercio pelo, Sederos, Bohone-ros, Plateros y siquiera tenderos.
- Capítulo 10: Para tratar, comprar y vender paños de lana.
- Capítulo 11: Muy conveniente y provechoso a los Sastres.
- Capítulo 12: Para los calçateros.
- Capítulo 13: Provechoso a los çapateros y remendones.
- Capítulo 14: Para las camiseras o linceras.
- Capítulo 15: De los Pintores.
- Capítulo 16: Para tratar con librereros, encuadernadores y papeleros.
- Capítulo 17: Razonamiento entre el amo, criado y papagayo.
- Capítulo 18: Para los horneros y panaderos.
- Capítulo 19: De los dispensereros y carniceros.
- Capítulo 20: De la plaça de los pollos.
- Capítulo 21: De las herberas y fruteras.
- Capítulo 22: Para los mantequeros, queseros, ollereros y tocineros.
- Capítulo 23: De la pescadería.
- Capítulo 24: Para los Sucareros, Especieros y cireros.
- Capítulo 25: Diversas pláticas y razonamientos entre ciertos Guzmanes.
- Capítulo 26: Para hazer un mandado.
- Capítulo 27: Almuerzo de moços y pages de Palacio.

- Capítulo 28: Para los Phísicos y enfermos.  
 Capítulo 29: Diversas quejas entre moços de sus amos.  
 Capítulo 30: Combite philosophal, muy gracioso y donoso.

El carácter de los diálogos, alejados o escasamente preocupados por el estándar literario, puede apreciarse también en el primer capítulo del librito de Meurier, famoso profesor de español en Amberes:

- V.A.N.: Interlocutores.  
 V: Buenas tardes os dé Dios, amigo.  
 A: En hora buena vaya vuesa merced.  
 V: Dezid me por vida vuestra, a do lleva este camino o senda?  
 V: A do quiere ir su m.?  
 V: Yo me hazia Castilla.  
 A: Largo camino es.  
 V: Paso a paso va se lexos.  
 A: Nuestro Señor guye y guarde a v.m.  
 V: Dios os dé mucha salud.  
 A: Cómo vays así solo?  
 V: Quien no tiene, no teme.  
 N: Bien guardado es, a quien Dios guarda.  
 V: Por dónde tengo yo de ir por no me desviar y por atajar camino?  
 A: No hay atajo sin trabajo, pero quien va al llano, va sano.  
 V: Quantas leguas avrá aun de aquy, hasta la primera venta o aldea?  
 A: Poco más o menos de legua y media.  
 V: Hay buen camino y limpio?  
 A: Parte ruin, dudoso, sucio y parte lindo.

Siendo así el texto de tales conversaciones, bien podemos concluir que es acertado lo que se dice "AL LECTOR" en el prólogo a la edición de los coloquios en siete lenguas, de 1589<sup>9</sup>:

Este libro es tan útil y provechoso y el uso de aquel tan necesario, que su valor aún por hombres doctos no se puede apreciar: porque no hay ninguno en Francia, ny en otros estados, ny en España (baxos), ni en Italia negociando en estas tierras de acá, que no tenga necesidad de estas siete lenguas aquí escritas y declaradas. Porque o sea que alguno entienda en mercadería, o que él ande en Corte o que siga la guerra, o camine por tierras extrañas, ternía menester un farante para qualquier d'estas siete lenguas... (...) Quántos pudieron enriquecer sin noticia de muchas lenguas? Quien supo bien gobernar ciudades y provincias sin saber otra lengua que la suya maternal...?

De esta manera, los libros de diálogos no sólo suplen lo que no ofrece la enseñanza escolar y gramatical, sino que dan pie al establecimiento de una corriente metodológica fundamentada en documentos lingüísticos representativos de la realidad comunicativa de cada día, que

<sup>9</sup> *Colloquia et dictionariolum septem linguarum, Belgicae, Anglicae, Teutonicae, Latinae, Italicae, Hispanicae, Gallicae*, Apud Henricum Houium, 1589.

tienen como norte la satisfacción de las necesidades lingüísticas de quienes deben utilizar lenguas extranjeras para sus actividades comerciales, políticas... o, simplemente, viajaras.

## LOS PRIMEROS LIBROS DE DIÁLOGOS EN ESPAÑOL-INGLÉS

Ya se mencionó anteriormente el enraizamiento de la tradición de libros de diálogos en la misma antigüedad clásica. El inglés es uno de los dos idiomas que aparece tempranamente en los manuales bilingües, junto con el francés. Con toda seguridad, el intenso comercio existente entre los Países Bajos e Inglaterra fue un motivo suficiente para esa pronta aparición.

El primero de ellos se atribuye a William Caxton <sup>10</sup>, tiene todas las características de ese tipo de libros y está muy especialmente orientado hacia los mercaderes que actúan entre Inglaterra y los Países Bajos (“... who this booke shall wylle lerne may well enterprise or take on honde marchandises fro one land to another”).

Muy poco tiempo después, alrededor de 1498, un empleado de Caxton, Wynken de Worde, publica otro librito similar: *A lytell treatyse for to lerne Englysshe and Frensshe*. La diferencia más característica de este manual respecto a los *Coloquios* es que los textos bilingües no se disponen en doble columna, sino en doble línea, alternando el inglés y el francés. Probablemente la razón de ser de este librito no era tanto el aprendizaje del inglés cuanto el aprendizaje del francés, considerado entonces como “lengua franca” en Inglaterra, especialmente en cuestiones comerciales.

El español aparece casi cuarenta años más tarde en *coloquios* bilingües: se ha citado la edición de 1520, aunque la que se popularizó fue la de 1551, *Vocabulario en quatro lenguas...*, publicado por Bartolomé de Grave en Lovaina. Naturalmente, los ingleses que desearan aprender español o los españoles que quisiesen aprender inglés, podían recurrir a una lengua intermedia (latín, francés...) y utilizar cualquiera de los libros de diálogos en el mercado libros que pronto se publican en ediciones multilingües, como la citada de 1551.

Pero en un siglo en que el español constituía la lengua del más poderoso imperio, no podía retrasarse la aparición de algún libro que facilitase el aprendizaje del español a los ingleses o viceversa. Especialmente teniendo en cuenta el necesario intercambio comercial que debía darse entre ambas naciones, aunque en gran parte fuese a través de los Países Bajos.

La ocasión se presenta a mitad del siglo XVI: Felipe II, en cuyo imperio “no se ponía el sol”, decide contraer matrimonio con la reina María Tudor de Inglaterra. Tal hecho no podía pasar desapercibido, como es natural, y suscitó un incremento no sólo en las relaciones comerciales, sino también en el trasiego de personas. Comenta Underhill <sup>11</sup>, citando fuentes de la época (sin lugar a duda exageradas), que a raíz del matrimonio de ambos monarcas la presencia española en Inglaterra se incrementó de manera extraordinaria:

“Había tantos españoles en Londres que se encontraban por cada inglés cuatro españoles, causando gran preocupación este hecho en Inglaterra”.

Y se hablaba de 12.000 españoles más que venían hacia Inglaterra...

Y el mismo rey Felipe II, al igual que María Tudor, debían sentir la imperiosa necesidad de aprender mutuamente la lengua del consorte respectivo, con el fin de poder comunicarse.

---

<sup>10</sup> En 1483 se imprime en Westmister el libro atribuido a William Caxton, *Tres bonne doctrine pour apprendre briefment françoys et angloys* o *Right good learnyng for to lerne shortly frenssh and englyssh*.

<sup>11</sup> *Spanish Literature in the England of the Tudors*, NY, Colombia UP, 1956, p. 162.



Contando con el escaso interés que Felipe II demostraba hacia otras lenguas (sólo sabía un poco de francés), se le aconsejó repetidamente que para su boda aprendiese “algunas frases de cortesía y locuciones de la misma”<sup>12</sup>. No debió aplicarse excesivamente el rey, si es que puso algún interés en la empresa, ya que cuentan los historiadores que:

“Su Alteza estuvo muy cortesano con la Reina, más de una hora hablando él en español y ella en francés; así se entendían”<sup>13</sup>.

Lo cual pone en evidencia que sólo María Tudor tenía cierta facilidad para comprender la lengua materna del rey.

Pues bien, dentro de este contexto de boda real, precisamente en el mismo año en que Felipe II viaja a Inglaterra para conocer a su futura esposa, aparece un libro de diálogos inglés-español:

*A very profitable boke to lerne de maner of redying, wrytyng, speakyng English & Spanish. Libro muy prouechoso para saber la manera de leer, y escreuir, y hablar Angleis, y Espanol, An. 1554.*

La coincidencia con la boda real es demasiado evidente y parece razonable establecer una relación de causa a efecto entre tal acontecimiento y la aparición de un libro de diálogos para aprender inglés o español. Además, existen ejemplos que certifican la elaboración de libros de frases y expresiones útiles para personas u ocasiones determinadas. Ese es el caso de la reina Isabel II, para quien Ch. Nugent preparó un manual en inglés, latín e islandés con el fin de facilitar la conversación diaria y coloquial<sup>14</sup>.

Tomando como punto de partida un aprendizaje “funcional” de la lengua, es preciso reconocer la oportunidad de tales materiales y la adecuación del contenido a las necesidades específicas de los usuarios. A muchos de éstos, efectivamente, no les interesaba aprender la lengua tal cual solía hacerse en las aulas; sus necesidades eran más inminentes y se centraban en la comunicación viva y real; para ello la perfección en el cumplimiento de abstractas reglas gramaticales o la capacidad generadora de aquéllas de cara al uso futuro eran claramente preteridas en favor de las ventajas de una memorización de frases usuales que les podían solucionar las urgencias del momento y, además, les permitían acercarse e introducirse en el mundo de la vida y conversación real.

*A very profitable Boke* debe situarse precisamente dentro de esta clase y dentro también de esta finalidad. Pero no es, sin embargo, un libro original, a pesar de que pudiera haber sido escrito expresamente para la reina o para la ocasión propiciada por las nupcias reales.

El librito consta de una primera parte

---

<sup>12</sup> MAURENBRECHER, *La educación de Felipe II*, p. 34.

<sup>13</sup> MUÑOZ, ANDRÉS, *Viaje de Felipe II a Inglaterra*, Zaragoza, 1554 (reimpreso en 1858). Citado en MARTIN-GAMERO, S., *La enseñanza del inglés en España*, Gredos, Madrid, 1961, p. 34.

<sup>14</sup> O'MAHONY, SEAN F., “The preface to W. Bathe's *Ianua Linguarum*, 1611”, en HISTORIOGRAPHIA LINGUISTICA VIII, 1<sup>o</sup>, 1981, 131-164. Ver también A. SÁNCHEZ, “La renovación pedagógica en el ‘Ianua Linguarum’ de Salamanca, 1611”, en ACTAS DEL III CONGRESO NACIONAL DE AESLA, Valencia, 1985, pp. 483-499.

“En quatro capitulos, de los que los tres comprehenden ciertas hablas de personas a manera de colloquios. El primero ay un combite de diez que hablan, en el qual se contienen muchas maneras de hablar quotidianas de las quales usamos en tanto que comemos.

El segundo enseña maneras de comprar y vender.

El terçero muestra modos de llamar los deudores.

El quarto declara reglas de escrevir cartas y letras de obligaciones, pagas y contratos”.

Son, pues, tres diálogos y una sección de modelos de cartas y documentos mercantiles y comerciales.

“La segunda parte desta obra contiene vocablos necesarios para communmente hablar, puestos por la orden del ABC.

Allende desto la oración del Señor, la salutaçion Angélica. Artículos de fe. Los Diez Mandamientos”.

En consecuencia, la segunda parte ofrece un vocabulario bilingüe de palabras comunes y usuales en la comunicación diaria, amén de las oraciones fundamentales del cristiano.

La semejanza con el libro de Berlaimont, conocido en la edición de 1536, es tal que no podemos sino pensar que éste fue no sólo la fuente de inspiración, sino la guía e incluso la copia sobre la cual se hizo, sencillamente, una traducción.

En efecto, dice el autor que

“En este Segundo Libro oyreis muchas palabras usadas puestas por el orden del A, b, c, d, las quales son como una materia con la qual las hablas se ayuntan”.

Lo que sigue está lejos de cumplir esta condición:

La columna de la izquierda, en inglés, sigue el siguiente orden:

To clothe

To unhele

To answere

To worshippe

To take awaie

To strike awaie

To receive

etc.

Y la de la derecha, en español, no presenta sino la traducción de lo anterior:

Vestir

Desnudar

Responder

Adorar

Quitar

Sacudir

Recebir  
etc.

Pero el listado tampoco varía, en cuanto al “desorden” alfabético, en el resto de las páginas que siguen:

To love	Amar
To make	Hazer
To diminishe	Disminuir
To make a fass	Ablandar
To marke	Mirar
To leave	Desamparar
etc.	

Al parecer, el autor sigue la lista de palabras del original, probablemente la latina, sin percatarse de que el orden alfabético no se conserva al traducir al inglés o al español.

Que este librito es una simple traducción viene avalado por varias otras razones patentes a lo largo de la obra:

“Quando quisieredes alguna oración de lengua Tudesca convertir en Francesa, o Latina, o en Española no tenéis más que mirar que la letra, de la qual el verso comienza, que buscais, lo qual despues facilmente hallareis...”.

La tarea se ofrece al lector como harto difícil, tanto en el glosario español como en el inglés, ya que no existe una ordenación alfabética de los términos que se deseen buscar. Pero, además, ni siquiera se menciona el inglés, mientras se cita el tudesco, el francés, el latín y el español, precisamente las lenguas que figuran en la edición de Bartolomé de Grave, hecha en Lovaina en 1551: *Vocabulario de quatro lenguas, Tudesco, Francés, Latino y Español, muy provechoso para los que quisieren aprender estas lenguas*.

Tampoco en los modelos de cartas o documentos comerciales demuestra el autor de *A very profitable Boke* una cierta libertad frente al original. El nombre de Barlemont, natural de Amberes, aparece una y otra vez (éste era el nombre del primer impresor, cuyas ediciones se extendieron e hicieron populares):

(La manera de concierto de alquilar casas)

Yo Iuan de Barlemont protesto aver alquilado a Pedro Mareschato vnas casas en la plaça de Enueres, que esta a la señal de la liebre...

Yo Iuan de Barlaimont, morador de Enueres, conozco deuer a vos Hercules Mareschato...

Yo Pedro Grande, vezino de Enueres...

Yo Iuan Blanco, vezino de Brujas, conozco auer recebido de Iuan Grande, estante en Enueres...

Da la impresión de que el librito, o bien fue producto de la urgencia del momento, o bien el autor se lo planteó como una adaptación de algo ya existente, añadiendo el inglés al acerbo de los *Vocabulare*. No obstante, reducir el número de lenguas a dos, concretamente el español y el inglés, no solamente contradice el uso en alza de incluir cada vez más el mayor número de diferentes idiomas, sino que se opone también a una posible visión “comercial” del tema: incrementar el número de lenguas posibilita el uso a un mayor número de personas y, en consecuencia, puede incrementar las ventas.

La razón más creíble que motivó la publicación debió ser, por tanto, la señalada anteriormente. Y ciertamente no era razón banal, ya que el rey del más poderoso imperio iba a contraer matrimonio con la reina de una de las naciones principales de Europa.

Apuntaba anteriormente el hecho de que se conocían ejemplos de manuales de frases y expresiones elaboradas para personajes de relieve que probablemente necesitaban comunicarse en otras lenguas, por motivos de política o de comercio. En la actualidad entendemos que tales materiales se deben adecuar a los fines y necesidades concretas de quien los vaya a utilizar. Tampoco el librito que nos ocupa nos permite llegar a semejante conclusión: en cuanto que se trata prácticamente de una traducción, su definición cae íntegramente dentro de los *Coloquios* al uso en Europa; no se ofrece absolutamente ninguna “especificidad”. En tal sentido podríamos concluir que *A very profitable Boke* no se publicó para satisfacer las necesidades de la reina o de la corte, sino para utilidad del gran número de personas, ingleses y españoles, que en aquellos años tenían la urgente necesidad de comunicarse. Tampoco es inocuo que el libro apareciese en Inglaterra, ya que es de suponer que eran los ingleses quienes más necesitaban aprender el español, dado el gran número de españoles en Inglaterra y partiendo de la base de que el español no solamente era la lengua del “imperio” de aquel entonces, sino también la lengua más comunmente utilizada en los Países Bajos, zona con la que el Reino Unido mantenía fuertes relaciones comerciales.

## ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LOS LIBROS DE DIÁLOGOS UTILIZADOS PARA LA ENSEÑANZA Y APRENDIZAJE DE LENGUAS

Reduciendo las características a las más esenciales, me limitaré a mencionar dos:

— No son gramáticas ni tienen en cuenta la gramática.

— Constituyen muestras del lenguaje usual y coloquial referidas a situaciones en las que podían o solían encontrarse con frecuencia viajeros, comerciantes, soldados y embajadores. El ámbito académico y escolar no está comprendido en los “Libros de Diálogos”, seguramente porque en estos casos ya existe una consolidada práctica fundamentada en la gramática y los aspectos formales, en la lectura de las obras de los clásicos y “modelos reconocidos” y, sobre todo, centrada en el latín o griego. Las lenguas vulgares, entre otras cosas, no poseen todavía una gramática y no son objeto de estudio en los “antros de la ciencia”.

No son ni tratan de presentarse como una “gramática” de la lengua (de hecho las gramáticas de las lenguas vulgares empiezan a cobrar fuerza precisamente en el siglo XVI); metodológicamente dan por supuesto que la lengua se debe adquirir aprendiendo el vocabulario necesario y realizando la combinación de palabras de acuerdo con los modelos ofrecidos y presentados en las frases de que constan los diálogos:

“Halladas pues las diçiones ayuntarlas heis segun en el libro passado aueys deprendido”.

Pero sin perder de vista que una de las dificultades o escollos reside en el aprendizaje de las diferentes inflexiones que caracterizan a los verbos, especialmente los españoles:

“Mas para el çierto ayuntamiento de las diçiones necessaria os sera la manera de mudar los verbos por los tiempos y diuersas personas en suas coniugaciones”.

Probablemente el aprendizaje de una lengua a partir del sistema reducido a reglas (comportamientos generalizados y por tanto reducidos a “abstracción”) se deja de lado adrede: las lenguas vulgares no son vehículos “adecuados” para la ciencia, no están suficientemente “pulidas” para ejercitar en ellas o con ellas la mente... (según el pensar de aquellos años). Pero son lenguas que utiliza la gente en los quehaceres diarios y en la vida real. En este sentido los “Libros de Diálogos” son consecuentes con la realidad del ambiente; las lenguas usadas en la vida de cada día se aprenden *mediante la práctica*; en otras palabras, *se aprende a hablar hablando*. Para esta finalidad, los materiales que ofrecen estos libritos son los adecuados: de ninguna manera intentan ofrecer al lector una cuidada colección de oraciones sintácticamente perfectas o léxicamente seleccionadas siguiendo criterios elitistas; antes bien, sorprenden al lector de hoy por la naturalidad y frescura de los vocablos y expresiones utilizadas, de tal manera que no dudáramos en valernos de ellos para hacer un estudio del lenguaje coloquial de aquellos años.

Además, encontramos a lo largo de los diferentes diálogos, los elementos lingüísticos indispensables en las situaciones más comunmente posibles:

(Combite de diez personas, de Hermes, de Iuan, de David, de Pedro, de Francisco, de Rogiero, de Anna, de Henrrico, y de Lucas).

H: Muy buenos días Iuan.

I: Y yo señor Hermes os deseo prospero este día y bueno.

H: ¿Cómo estais?

I: Como estoy me preguntais? Por cierto gratias a Dios bueno. Aparejado para vuestro seruiçio.

A vos señor Hermes como os va? Como andan vuestros negoçios? Están en salvo?

H: Por cierto que estoy bueno. Como estan los padres?

I: Bien les va graçias a Dios.

H: Para que te levantas de la cama tan de mañana?

I: Aun no os parece que es hora?

H: Estays ayuno? Aun no haueys almorzado?

I: Aun no, muy temprano es agora. Dezidme aueys ya almorzado?

H: Si, ya rato ha. Como yo auia de estar tanto tiempo en ayunas? Donde venis aca?

I: De donde vengo me dezis? De la escuela de las letras, de la iglesia, de la plaça. A do vays?

H: A casa.

I: Que hora es?

H: Casi las doze.

I: Tan tarde es? Yo me tengo de ir porque me reñira mi madre. Adios, Hermes.  
H: Pues como, tanto aguijais. Ha preguntado por mi el maestro.  
I: No lo oy, no me puedo detener mas, adios que me voy.  
H: Anda en hora buena y con salud.

A lo largo de este extracto no se aprecia una secuenciación cuidada, de estricta lógica; ni un refinamiento léxico que refleje un esmerado lenguaje por parte de quienes intervienen en la conversación. En cambio, sí que contiene cada uno de los diálogos un buen número de frases y expresiones útiles y necesarias para la conversación. Por ejemplo, en la cita anterior, se incluyen fórmulas de saludo, fórmulas para preguntar por la salud de alguien, expresiones para preguntar la hora y expresiones de despedida.

Al mismo tiempo, hay que destacar el alto grado de artificialidad que se percibe en la construcción del diálogo como tal: es en este aspecto donde el carácter didáctico de los “Libros de Diálogos” se pone claramente de manifiesto.

Obsérvese, en efecto, que el diálogo citado comienza con una presentación entre Juan y Hermes. No es una situación que podamos pensar que se desarrolla de igual manera en la realidad, a pesar de que el lenguaje sea coloquial. Menos aún si tomamos en consideración el conjunto del diálogo. El extracto anterior continúa, por ejemplo, de la siguiente manera, una vez que se supone que Juan ha llegado a su casa:

I. Muy buena noche os deseo Señora madre, y a todas.

M: Iuan de donde vienes?

A donde te has detenido tanto?

Porque vienes tan tarde, no está bien hecho, no te mandé que vinieses a las quatro? Ahora ya son las seys. Dime a do has estado, porque ya se bien que saltaste del escuela, bien lo se. Yo lo dire a tu maestro.

I: Con perdón de vuestra merçed dire, que vengo ahora del escuela. Yo no sabía que era tan tarde. Yo en ninguna parte me he entretenido. Mandadlo preguntar a mi maestro, si digo la verdad.

M: Así lo hare. Y yo sabre la verdad. Ahora pon la mesa. Y date prisa.

Es difícilmente concebible una secuenciación de situaciones reales de esta índole. Más bien se percibe la intención didáctica que “manipula” expresamente los materiales con fines didácticos. En otras palabras, los autores de los “Libros de Diálogos” pretenden presentar al alumno todas aquellas áreas temáticas en las cuales son susceptibles de encontrarse. No faltan tampoco algunos resabios propios del maestro, cuales son las repeticiones de determinadas frases. Se dan ejemplos de esto en muchos de los diálogos consultados. Incluso en el extracto anterior parece “apañada” la expresión:

“De donde vengo me dezis? De la escuela de las letras,  
de la iglesia,  
de la plaça...”

¿Quién no la compararía a un ejercicio propio de la metodología audiolingual de hace pocos años?

Sabemos por otras fuentes que algunos maestros escribieron este tipo de libros para sus

alumnos. El hecho demuestra su utilización en la clase. Pero si ello no bastara, el carácter didáctico que los define constituye un argumento suplementario: los profesores de idiomas se valían de los libros de diálogos en el aula y los textos utilizados habían sido preparados teniendo en cuenta precisamente la realidad escolar.

Algunos estudiosos, con acertado criterio, han sugerido que los libros de diálogos constituyen una excelente fuente para conocer las costumbres de nuestros predecesores en el siglo XVI. Pero a pesar de la verdad de esta suposición, no debería perderse de vista la manipulación didáctica a que han sido sometidos. Estamos quizás habituados a aceptar que un texto sujeto a las convenciones literarias tiene tendencia a no ajustarse a la realidad, aunque se atenga a determinados patrones que sabemos a qué obedecen y qué significan. Pero tendemos a olvidar que algo similar ocurre con los materiales didácticos; éstos también deben ser analizados con alguna precaución antes de utilizarlos como “espejo en el cual se refleja la realidad”.

Los primeros “Libros de Diálogos” son bilingües, probablemente francés-flamenco. Su desarrollo inicial se fundamenta en la ampliación a otras lenguas, mediante el sencillo recurso de “añadir otra más al conjunto ya existente”.

Pronto se da también otro tipo de ampliación: la ampliación en extensión: de los tres diálogos iniciales se llega a los siete, ocho y, posteriormente incluso más. Sin embargo, la naturaleza de esos diálogos es la misma: son instrumentos didácticos, adaptados según criterios funcionales y de utilidad.

La renovación respecto a la naturaleza de los diálogos se introduce, en el caso de los diálogos para aprender español, de manera casual y, curiosamente, en Inglaterra.

*The Spanish Schoolmaster*, publicado por Stepney en 1591, recoge, entre otras cosas, los diálogos “clásicos” de Berlaimont pero en versión bilingüe inglés-español; el autor solamente añade uno de su propia cosecha y hace también un ligero cambio de orden en la numeración de los originales copiados.

Es un oscuro y poco original autor quien protagoniza los significativos cambios a que me acabo de referir: John Minsheu, profesor de lenguas en Londres.

Las referencias que tenemos de este autor no son muy halagüeñas: Ben Jonson le tilda de “roque” (pillo); Amado Alonso <sup>15</sup> lo trata despectivamente afirmando que es escritor de poco fiar y que gusta de plagiar a todo el mundo, copiando sin escrúpulos de ninguna clase. No es el caso de entrar ahora en el análisis del juicio que pueda merecer Minsheu, pero parece claro que no era persona capaz y suficientemente inteligente para escribir por sí mismo la casi enciclopédica obra que nos legó: *Pleasant and delightfull dialogues in Spanish and English, profitable to the learner, and not unpleasent to any Reader*, London 1599.

La obra consta de varias partes:

- Un diccionario español-inglés e inglés-español, de 384 páginas.
- Una lista de palabras españolas contenidas en el anterior diccionario y que proceden del árabe.
- Una gramática del español.
- Una colección de 64 refranes, con una traducción al inglés.
- Una colección de siete diálogos.

---

<sup>15</sup> “Timbre ceceante”. NRFH, V, 1951, p. 135. *De la pronunciación medieval a la moderna en español*. Gredos, Madrid, 1976, I, p. 203.

Como puede apreciarse, Minsheu ofrece así todos los elementos que pudiera necesitar quien deseara aprender español. Pero de todo ello nada es original suyo, excepto precisamente los diálogos.

Los *Vocabulare* o *Diálogos* de Berlainmont habían sido hasta el momento, en lo que concierne a la enseñanza del español, el modelo no sólo imitado sino copiado, con muy ligeras variantes y adaptaciones. Minsheu se atiene parcialmente a la tradición existente: son siete los diálogos, los temas o títulos de cada uno de ellos son en parte idénticos a los de Berlainmont y el contenido es en ocasiones, al menos paralelo a los ya conocidos.

El diálogo primero trata del “levantarse por la mañana”; el segundo “de comprar y vender joyas y otras cosas”; el tercero “de un combite entre cinco cavalleros amigos”; el cuarto “tratase en el de las cosas tocantes al camino, con muy graciosos dichos y chistes”; el quinto “en el qual se contienen las ordinarias platicas que los pajes suelen tener unos con otros”; el sexto “en el qual se tratan muchas cosas curiosas y de gusto; son los yngleses Egido y Guillermo, los españoles Diego y Alonso”; el séptimo “entre un sargento y un cabo de esquadra, y un soldado, en el qual se trata de las cosas pertenecientes a la milicia, y de las calidades que deve tener un buen soldado, con muchos dichos graciosos, y buenos cuentos”.

La lectura de estos diálogos sorprende al lector sobre todo en dos aspectos:

- Son diálogos de una alta calidad literaria.
- Los textos no parecen atenerse a las restricciones didácticas a las que anteriormente me he referido.

Efectivamente, los diálogos de Minsheu reflejan agilidad, frescura y naturalidad en el estilo y manejo del léxico, muy alejados del carácter coloquial y poco refinado de los diálogos al uso. Véase este ejemplo, tomado del diálogo sexto:

GUILLERMO: De las demás salutations que os parece?

ALONSO: De las demás digo, que quando el Yngles pregunta al otro: Como estays? dize una gran necedad; y quando el Español dize: Besoos las manos, dize una gran mentira.

GUILLERMO: Menester es que deys razon de vuestra nueva opinion.

ALONSO: Ahora dezidme, por vuestra vida, no os parece necedad a el que vos veys bueno, preguntarle como esta?

GUILLERMO: Teneys razon, pero podria tener algun mal secreto, que no se le eche de ver.

ALONSO: Entonces que remediais vos, con preguntarle como esta? no seria mejor, rogar a Dios que le de salud, como haze el otro?

GUILLERMO: Aora dezid lo del Español.

ALONSO: El Español, digo que dize mas mentiras entre año en este caso, que reales da por Dios: porque dezir al que encuentra: Beso las manos a v.m., si habla de presente, bien vemos que miente, pues no se las besa; si de futuro, tambien, porque bien sabemos, que quando el otro quissiese darselas, por muy amigo que fuesse, no se las querria el besar.

GUILLERMO: Si, pero parece que es una manera de reconocimiento de superioridad, a el que dize.



ALONSO: Assi es, pero ese reconocimiento no esta mas que en la lengua, porque el refran dice: Manos besa hombre, que querria ver cortadas.

DIEGO: Yo os dire lo que sucedio al proposito, a un cavallero viejo español, con otro moço: y que fue como el moço por buena criança, le dixo al viejo: Suplico a v.m. me de las manos, que se las quiero besar, el viejo, confiado en su anciana, las alargó para que se las besasse: el otro, ya arrepentido, se las asio con las tuyas, y con muy buen donayre le dixo: Señor, yo y v.m. a otros dos.

Es difícil encontrar prosa dialogada tan desenvuelta y natural en textos de esta índole.

De igual manera, la preocupación didáctica del profesor que piensa en sus alumnos al escribir, también parece estar ausente.

El diálogo primero suele empezar siempre de acuerdo con la "lógica" del alumno que aprende una lengua extranjera: lo primero que debe aprender es a presentarse, a decir su nombre, a saludar... Y así lo recogen los diálogos, que se preocupan de iniciar la conversación con el típico: "Dios de a v.m. buenos días, Sr. Henrico. ...Como ha estado v.m. de su salud?... ", etc.

Poco se cuida de quien aprende el autor de los diálogos de Minsheu. El primero de ellos se inicia así:

Don PEDRO: Oyes, moço?

ALONSO: Señor.

Don PEDRO: Que ora es?

ALONSO: Las cinco son dadas.

Don PEDRO: Levantate y abre aquella ventana, a ver si es de día.

ALONSO: Aun no es bien amanecido.

Don PEDRO: Pues, asno, como dixiste que han dado las cinco?

ALONSO: Señor, las cinco yo las conté, pero el reloj y la mañana no andan a una.

En este caso el autor no se atiene a un planteamiento didáctico sobre qué puede ser más útil o necesario al alumno, sino que sigue más bien la naturalidad de una situación que se ha planteado. Y dentro de las posibilidades que tal situación ofrece, tratándose de un amo y su criado, ha elegido la anotada, a pesar de que el alumno-lector aún no haya aprendido a saludar, a decir "Buenos días", etc. En este extremo reside precisamente la diferencia clave entre los textos de carácter didáctico y los de carácter literario; en cada caso los fines principales son distintos, si bien pueden darse coincidencias importantes en fines secundarios.

Pero si las características de estos diálogos de Minsheu son las apuntadas, ¿cómo es posible que un autor plagario y mediocre haya podido escribirlos?

Efectivamente, los textos han sido escritos, sin lugar a duda, por un español; el estilo no permite pensar en la autoría de un extranjero, y menos teniendo en cuenta la dudosa competencia de quien figura como autor.

La posible pista sobre el verdadero autor nos viene dada por el hecho de que estos mismos diálogos los recoge Oudin en 1608, en sus *Diálogos muy apazibles, escritos en lengua española y traducidos en francés*. Y posteriormente los vuelve a reproducir Juan de Luna, en sus *Diálogos familiares*, de 1619. Y más tarde el mismo Sobrino, e incluso Franciosini... De esta manera, los diálogos de Minsheu fueron transmitiéndose de generación en generación, con ligeros retoques y añadiduras y con la extendida creencia de que el verdadero autor era quien

los publicaba en cada momento. Que tantos autores los hayan plagiado no carece de relevancia: es una prueba de la calidad alcanzada, puesto que en caso contrario difícilmente habrían suplantado a los ya clásicos de Berlainmont.

Oudin ya menciona y reconoce que los diálogos que él ofrece han sido compuestos en español. Pero quien es más explícito es Juan de Luna:

“Muchos y muy buenos libros se hallan en español, tanto para los que quieren aprender la lengua como para los que deseen pasar el tiempo en la lectura dellos, pero en ninguno he hallado las pláticas, y discursos ordinarios necesarios a la comunicación, y trato familiar, sino es en unos diálogos hechos en Londres por un Castellano, los cuales estaban tan corrompidos, que en siete que son, le hallado más de quinientas faltas notables, que se conoce no ser de la emprenta, y tales que si la buena frase dellos no mostrase ser Español el que los hizo, los huuiera desconocido, y pensara ser su autor algun Vizcaino; mas esto no puede ser, porque el lenguaje y los muchos y muy buenos refranes, muestran de quien son...”<sup>16</sup>.

Las faltas mencionadas por Juan de Luna no son tantas ni tan exageradas, como muy bien apunta Foulche-Delbosch<sup>17</sup>. Y probablemente las que se dan en la impresión son achacables o bien al impresor o bien a Minsheu. Porque el autor real debió ser un español, un tal Alonso de Baeça, compañero de prisión de dos encarcelados a raíz del desastre de la Armada Invencible, don Pedro de Valdés y don Vasco de Sylva, personas que ya habían ayudado a Percyval en la elaboración de su *Bibliotheca Hispanica*. A esta conclusión llega Ungerer en el estudio sobre las relaciones existentes entre ingleses y españoles en la época de los Tudor<sup>18</sup>. Y el hecho parece razonable considerando también otro dato conocido: el mismo Alonso de Baeça había ayudado a un tal Edward Hoby en la traducción al inglés de una obra de Bernardino de Mendoza (*Theoria y practica de guerra*). y E. Hoby debía ser uno de los benefactores de Minsheu, ya que éste dedica a aquél sus diálogos “por la benevolencia que v.m. mostro al que primero emprendió lo que yo he ampliado y hecho más copioso”, según se declara en el prólogo a los *Pleasant and delightfull dialogues*.

Abundando en argumentos e indicios, los nombres de Don Pedro y Alonso aparecen una y otra vez como protagonistas de los diálogos... y el mismo Minsheu confiesa que él “ha ampliado y hecho más copioso” lo que “otro emprendió”. Sin lugar a duda la ampliación de Minsheu tiene que ver con los errores detectados por Juan de Luna; esa debió ser su principal “participación” en la publicación, al igual que sucedió con la gramática y el diccionario que forman parte de la misma obra.

Pero si bien Minsheu se valió de lo hecho por otros, al menos possibilitó la aparición de un conjunto de diálogos, para aprender el español, que seguirían reimprimiéndose con profusión hasta bien entrado el siglo XVIII<sup>19</sup>.

---

<sup>16</sup> JUAN DE LUNA, *Diálogos familiares*, París, 1619, “Avis aux lecteurs”.

<sup>17</sup> RH, XLV, 1919, p. 75.

<sup>18</sup> *Anglo-Spanish relations in Tudor Literature*, Berna 1956, p. 61.

<sup>19</sup> FOULCHE-DELBOSC, RH, XLV, cita una edición de los diálogos de Sobrino de 1778. La reimpresión de los *Diálogos familiares* de Juan de Luna, hecha en Madrid, 1874, en el *Refranero General Español* de J.M. Sbarbi, no tenía, seguramente, carácter docente.